



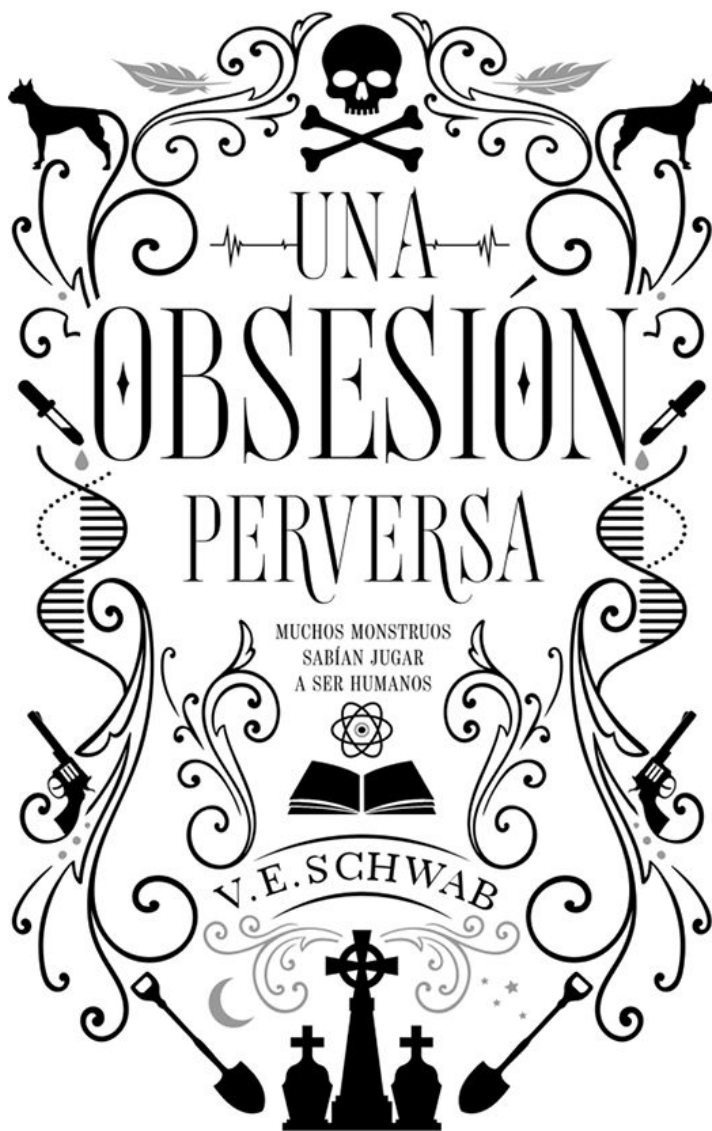
UNA
OBSESIÓN
PERVERSA

MUCHOS MONSTRUOS
SABÍAN JUGAR
A SER HUMANOS




V.E. SCHWAB





Traducción de Nora Escoms



Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *Vicious*
Editor original: Tor Books
Traducción: Nora Escoms

1.ª edición: Febrero 2019

Todos los nombres, personajes, lugares y acontecimientos de esta novela son producto de la imaginación de la autora o son empleados como entes de ficción. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas es mera coincidencia.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2016 by V. E. Schwab
All Rights Reserved

Publicado en virtud de un acuerdo con la autora, a través de BAROR INTERNATIONAL,

INC., Armonk, New York, U.S.A.

© de la traducción 2019 by Nora Escoms

© 2019 by Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

www.mundopuck.com

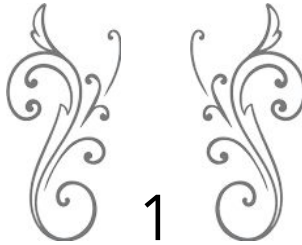
ISBN: 978-84-17312-97-8

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

*Para Miriam y Holly, por demostrar una y otra vez
que son ExtraOrdinarias.*

La vida, en realidad, no es una batalla entre el Bien y el
Mal, sino entre el Mal y el Peor.

—JOSEPH BRODSKY



De agua, sangre y cosas
que tiran más



ANOCHÉ

CEMENTERIO DE MERIT

Victor se colocó las palas al hombro y pasó con cautela por encima de una tumba vieja, semihundida. Su gabardina se inflaba ligeramente y rozaba las lápidas mientras atravesaba el Cementerio de Merit, tarareando al caminar. El sonido se propagaba en la oscuridad como el viento. Hacía estremecer a Sydney, que lo seguía trabajosamente con su abrigo demasiado grande, sus leggins con los colores del arcoíris y sus botas de invierno. Los dos parecían fantasmas mientras zigzagueaban por el cementerio, ambos tan rubios y de tez tan blanca que podían pasar por hermanos, o quizá por padre e hija. No eran ninguna de las dos cosas, pero el parecido resultaba muy conveniente, ya que Victor no podía decirle a la gente que había recogido a Sydney unos días antes, al lado de una carretera empapada por la lluvia. Él acababa de escapar de la cárcel. A ella acababan de dispararle. Sus destinos se habían cruzado, o eso parecía. De hecho, Sydney era la única razón por la que Victor empezaba a creer en el destino.

Dejó de tararear, apoyó un pie ligeramente sobre una lápida y escudriñó la oscuridad. No tanto con los ojos como con la piel, o mejor dicho, con aquello que se arrastraba por debajo de su piel y se enredaba en su pulso. Aunque dejó de tararear, la sensación nunca desapareció: continuó con un leve zumbido eléctrico que solo él podía oír, sentir e interpretar. Un zumbido que le indicaba que había alguien cerca.

Sydney lo observó fruncir ligeramente el ceño.

—¿Estamos solos? —le preguntó.

Victor parpadeó, el ceño fruncido desapareció y en su lugar quedó la serenidad que siempre demostraba. Su zapato se retiró de la lápida.

—Solo nosotros y los muertos.

Siguieron avanzando hasta el centro del cementerio; las palas golpeaban con suavidad el hombro de Victor al caminar. Sydney pateó una roca suelta que se había desprendido de una de las tumbas más antiguas. Vio que, en un lado, tenía grabadas letras, partes de palabras. Quería saber qué decían, pero la roca ya había caído entre la maleza, y Victor seguía caminando con prisa entre las tumbas. Corrió para alcanzarlo, y varias veces estuvo a punto de tropezar y caer al suelo helado antes de llegar hasta él. Victor se había detenido, y estaba observando una tumba. Era reciente; la tierra estaba removida y había una lápida provisional hasta que se pudiera cortar una de piedra.

Sydney emitió un sonido, un leve gemido de incomodidad que nada tenía que ver con el frío cortante. Victor miró

hacia atrás y le ofreció un asomo de sonrisa.

—Ánimo, Syd —le dijo, en tono ligero—. Será divertido.

A decir verdad, a Victor tampoco le gustaban los cementerios. No le gustaban los muertos, más que nada porque no podía afectarlos. A Sydney, en cambio, no le gustaban por el marcado efecto que producía en ellos. Mantuvo los brazos fuertemente cruzados sobre el pecho, y su pulgar enguantado acariciaba el punto en su brazo donde le habían disparado. Empezaba a convertirse en un tic.

Victor se volvió y hundió una de las palas en la tierra. Luego le arrojó la otra a Sydney, que abrió los brazos justo a tiempo para atraparla. La pala era casi tan alta como ella. Faltaban pocos días para que cumpliera trece, pero incluso para alguien de doce años y once meses, Sydney Clarke era menuda. Siempre había tenido poca estatura, y desde luego no la favorecía el hecho de que apenas había crecido un par de centímetros desde que había muerto.

Levantó la pala e hizo una mueca por el peso.

—Es broma, ¿no?

—Cuanto más rápido cavemos, antes nos iremos a casa.

En realidad, ir a casa era ir a una habitación de hotel donde no había más que la ropa robada de Sydney, la leche con cacao de Mitch y los archivos de Victor, pero esa era otra historia. De momento, ir a casa habría sido ir a cualquier sitio que *no fuera* el Cementerio de Merit. Sydney observó la tumba y sus dedos aferraron con fuerza el mango de madera de la pala. Victor ya había empezado a cavar.

—¿Y si...? —preguntó, nerviosa—. ¿Y si los demás des-

piertan por casualidad?

—No lo harán. —Victor la tranquilizó—. Solo concéntrate en esta tumba. Además... —Levantó la mirada—. ¿Desde cuándo les tienes miedo a los cadáveres, justamente tú?

—No les tengo miedo —replicó, demasiado rápido y con toda la fuerza de quien está acostumbrada a ser la hermana menor. Porque lo era. Solo que no de Victor.

—Míralo de esta manera —bromeó él, al tiempo que descargaba una pila de tierra sobre el césped—. Si los despiertas, no pueden ir a ninguna parte. Ahora cava.

Sydney se inclinó hacia adelante y empezó a cavar; el cabello rubio y corto le caía sobre los ojos. Los dos trabajaban a oscuras, y solo se oía el tarareo ocasional de Victor y los golpes sordos de las palas.

Chaf.

Chaf.

Chaf.



HACE DIEZ AÑOS UNIVERSIDAD LOCKLAND

Victor trazó una línea negra, recta y firme, tachando la palabra *maravilla*.

El papel en el que estaba impreso el texto tenía el grosor suficiente para que la tinta no pasara al otro lado, siempre que no presionara demasiado. Se detuvo a leer la página alterada, e hizo una mueca cuando se le clavó en la espalda una de las volutas de metal de la cerca de hierro fundido de la Universidad Lockland. La facultad se enorgullecía de su estilo, que era una mezcla de club campestre con mansión gótica, pero la reja trabajada que rodeaba Lockland, si bien *pretendía* evocar tanto el carácter exclusivo de la universidad como su estética del viejo mundo, solo lograba dar una impresión pretenciosa y sofocante. A Victor le recordaba a una jaula elegante.

Cambió de posición y colocó el libro sobre su rodilla. Le llamó la atención el tamaño del ejemplar, mientras hacía girar el Sharpie sobre sus nudillos. Era un libro de autoayuda, el último de una serie de cinco, de los mundialmente reco-

nocidos doctores Vale. Los mismos que por esos días estaban en una gira internacional. Los mismos que, incluso antes de llegar a ser «gurús del empoderamiento», apenas habían reservado en sus agendas tan ocupadas el tiempo suficiente para engendrar a Victor.

Volvió algunas páginas atrás hasta encontrar el comienzo de su proyecto más reciente y se puso a leer. Por primera vez, no estaba tachando un libro de los Vale solo por placer. No, en este caso era parte de sus estudios. Victor no pudo contener una sonrisa. Sentía un inmenso orgullo al alterar así el trabajo de sus padres, al recortar los extensos capítulos sobre el empoderamiento hasta convertirlos en mensajes simples y de una eficacia perturbadora. Llevaba ya más de una década haciéndolo, desde los diez años de edad. Era un trabajo minucioso pero satisfactorio; sin embargo, hasta la semana anterior nunca le había servido para nada tan útil como sumar puntos en la universidad. Pero entonces, sin querer, había dejado su último proyecto en el salón de arte durante la hora de almuerzo (la Universidad Lockland tenía una asignatura de arte obligatoria, incluso para quienes estudiaban medicina u otras ciencias) y al regresar había encontrado a su profesor inspeccionándolo. Supuso que lo reprendería, que lo sermonearía por el precio cultural de mutilar la literatura, o quizá por el precio material del papel. En lugar de eso, el profesor había interpretado la destrucción literaria como arte. Prácticamente le había dado la explicación, y había completado las ideas que le faltaban con palabras como *expresión, identidad, arte*

encontrado o reformulación.

Victor se había limitado a asentir, y había ofrecido una palabra perfecta para completar la lista del profesor (*reescritura*), y así como así, se había decidido el tema de su tesis de arte.

El marcador siseó al trazar otra línea, tachando varias oraciones en la mitad de la página. Se le estaba durmiendo la rodilla por el peso del libro. Si él hubiera necesitado autoayuda, habría buscado un libro simple y de menor volumen, alguno cuya forma representara lo que prometía. Pero tal vez algunas personas necesitaban algo más. Tal vez había quienes recorrían los anaqueles en busca del libro más voluminoso, suponiendo que más páginas equivalían a más ayuda emocional o psicológica. Leyó someramente las palabras y sonrió al encontrar otra sección para tachar.

Cuando sonó el primer timbre, señalando el fin de su clase optativa de arte, las disertaciones de sus padres sobre cómo empezar el día se habían convertido en:

Perderse. Rendirse. Ceder. al final sería mejor rendirse antes de empezar. perderse. si te pierdes Entonces no te importará si nunca te encuentran.

En un momento, sin querer, había tachado *nunca*, y había tenido que suprimir párrafos enteros hasta encontrar otra aparición de la palabra para que la oración quedara perfecta. Pero había valido la pena. Las páginas de líneas negras que quedaban entre *si*, *nunca* y *te encuentran* daban la impresión justa de abandono.

Victor oyó que alguien se acercaba, pero no levantó la

vista. Avanzó hasta el final del libro, donde había estado trabajando en otro ejercicio. El Sharpie cubrió otro párrafo, línea por línea, con un sonido lento y similar a la respiración. Una vez, Victor se había maravillado al pensar que los libros de sus padres eran realmente una autoayuda, aunque no del modo en que ellos lo habían planeado. Descubrió que destruirlos le resultaba increíblemente tranquilizador, una especie de meditación.

—¿Otra vez vandalizando la propiedad de la universidad?

Victor alzó la mirada y encontró a Eli de pie frente a él. La cubierta plástica de la biblioteca se arrugó bajo sus dedos cuando inclinó el libro para que Eli viera el lomo, donde se leía VALE con letras mayúsculas y en negrita. Él no pensaba pagar 25,99 dólares cuando la biblioteca de Lockland tenía una colección tan sospechosamente extensa de la doctrina Vale de autoayuda. Eli tomó el libro y leyó un poco.

—Quizá... lo más... conveniente... para... nosotros... sea... sea entregarnos... rendirnos... en lugar de desperdiciar... palabras.

Victor se encogió de hombros. Aún no había terminado.

—Te sobra un *sea*, antes de *entregarnos* —señaló Eli, al tiempo que le arrojaba el libro.

Victor lo atajó, frunció el ceño y recorrió con el dedo la oración improvisada hasta encontrar el error; entonces tachó la palabra sobrante.

—Tienes demasiado tiempo, Vic.